

Mirad si no á esa Grecia, tan ponderada por la sabiduría de sus filósofos y la prudencia de sus instituciones; ¿veis en ella la tierna imágen de esta fraternidad, que debe reunir, sin confundirles, á todos los individuos de la familia humana? Para ellos, todo extranjero era un bárbaro ó un enemigo, y todo enemigo digno de exterminio y de muerte.

Entre sus conciudadanos no habia sino amos y esclavos, es decir, opresores y vencidos. La misma familia se presenta bajo ese doble aspecto: la mujer es el juguete, el capricho de la barbarie; el hijo encuentra en su padre un juez y un verdugo; y el criado, que no es mas que una cosa del amo, es destinado en su vejez á ser presa de los mónstruos alimentados á gran costa, para servir de solaz en los banquetes y solemnidades. Ved á los filósofos tan decantados de la antigüedad: su ignorancia, en punto á beneficencia y fraternidad, raya en prodigio: toda su sabiduría para remediar los males del hombre consistia en negar, que el dolor sea un mal, y en ocultar, bajo la máscara de un estoicismo jactancioso, la degradante tortura de una esclavitud abyecta.... Ved al ciudadano romano: va al teatro á aplaudir juegos bárbaros, donde millares de gladiadores se degüellan unos á otros como un vil rebaño. Cuando los reyes vencidos y las reinas cautivas imploran su clemencia, él los rechaza con desden, y aun, si se le antoja, los entrega á los leones del anfiteatro.

Hé ahí, pues, lo que era, bajo el orgullo disolvente del paganismo, el deber de la beneficencia.

2. Bajo la ley de los tiempos antiguos, antes de Jesucristo, la beneficencia de los hombres con respecto á sus hermanos, se circunscribió siempre en el círculo de una liberalidad limitada. La hospitalidad fué la expresion mas sublime de la beneficencia.

Bajo el hermoso cielo de la Caldea, el patriarca hospitalario aguardaba al viajero al declinar el dia, á la sombra de la palmera, que se elevaba delante de la tienda de sus padres; le invitaba á pasar en ella la noche, y al dia siguiente le ponía otra vez en el camino, rogando al cielo que le concediese un viaje propicio. El virtuoso Tobías salía de noche para enterrar á sus hermanos muertos, concediéndoles así la hospitalidad del sepulcro, que les rehusaba la tierra extranjera.

Indudablemente estos hechos y otros semejantes son ejemplos admirables de caridad y de afecto, pero que no van mas allá de la limosna y de la hospitalidad, con la circunstancia, de que aun esa beneficencia tenia sus fórmulas precisas y señaladas en la ley. La ley antigua reclamaba ojo por ojo y diente por diente. Sé muy bien, que

esto era necesario, por razones que no es oportuno ahora explicar; mas lo que acabo de decir basta para probar, que en la religion establecida por el mismo Dios y sostenida por su continua asistencia, el hombre no tenia aun en su perfeccion la idea del amor, de la abnegacion, del sacrificio, de la virtud, de la caridad, que solo nos fué revelada por el advenimiento de Jesucristo.

3. La caridad es libre, esencialmente libre, y no sigue mas que sus propias inspiraciones. Ella sufre cuando cae bajo la fiscalizacion administrativa y se la somete á fórmulas legales. Parécese á esas aguas, que fertilizan una heredad mientras el manantial es desconocido, y que desaparecen desde el instante en que un ojo curioso ha querido interrogar de cerca el depósito de donde manaban, y sorprender el secreto de su inagotable abundancia.

Nosotros debemos alentar la caridad do quiera que se manifieste; pero debemos declarar, que lo que llamaremos caridad *filosófica*, caridad de *ostentacion*, caridad de *moda* ó de *capricho*, es una caridad pagana y sin resultados.

Esa caridad solamente tiene un remedio transitorio, para los males que sufre la humanidad.

La victoria obtenida sobre el orgullo y el amor propio es evidentemente superior á la naturaleza; y no es ciertamente en sí mismo, donde el hombre encuentra fuerzas para cumplir este sacrificio de toda la vida y de todas las horas sin indemnizacion alguna en la tierra. *Aquel que vino, no para ser servido, sino para servir*, es solamente quien puede inspirarle la voluntad é infundirle el valor.

Propóngase al filósofo anticristiano, á su mujer y á sus hijos, el despojarse de sus riquezas, el abandonar las comodidades de su casa para ir á cuidar sin descanso á pobres enfermos, para encerrarse en hospitales en tiempos de epidemia! La filantropía del siglo ¿ha dado jamás un solo ejemplo de esta clase? Hé aquí porque todas sus tentativas han sido vanas, y porque nada duradero ha fundado para aliviar á la humanidad.

4. Unicamente el Salvador del mundo es quien ha prescrito todas las obras de caridad, con su ejemplo, y con su enseñanza. Habiendo nacido en la indigencia y en la pobreza como el último de los hombres, el Hijo de Dios quiso inmolarse á todas las miserias, á fin de que todas se respetasen un dia en su persona: encerróse durante treinta años en el taller oscuro de un artesano, ganando su pan con el sudor de su frente.

En su vida pública quiso sufrir el odio, las asechanzas y los ultra-

jes de sus enemigos, y luego subió al Calvario para derramar su sangre y rescatar al mundo.

Un nuevo mandamiento os doy, decia á sus discípulos, y es, que os améis unos á otros: *Mandatum novum do vobis, ut diligatis invicem.* JOAN. XIII, 34. Amad á vuestros enemigos: haced bien á los que os aborrecen: *Diligite inimicos vestros, benefacite his qui oderunt vos.* MATTH. V, 44. Cualquiera que diere de beber á uno de estos pequeñuelos un vaso de agua fresca, os doy mi palabra que no perderá su recompensa: *Quicumque potum dederi uni ex minimis istis calicem aquæ frigidæ, amen dico vobis non perdet mercedem suam.* MATTH. X, 42. Finalmente, promete y da el cielo á los que habrán practicado en favor de sus semejantes las obras de misericordia: *Venite benedicti Patris mei..... esurivi enim et dedisti mihi manducare, sitivi.....* MATTH. XXV, 34, 35 et 36.

Por eso la Iglesia practica todas las obras de beneficencia.—Obras espirituales.—*Enseñar á los ignorantes.* Además del sacerdocio secular, que habitualmente se dedica á enseñar á los que no saben, se han fundado diferentes institutos exclusivamente para la enseñanza.—*Reprender á los que obran mal.* El apostolado cristiano cumple con esta obra desde la cátedra de la verdad.—*Consolar á los afligidos.* Los hermanos de S. Juan de Dios y las hijas de S. Vicente de Paul asisten y consuelan á los enfermos.—*Rogar por los vivos y por los muertos.* Esto es precisamente lo que hacen de continuo los religiosos contemplativos.

Alimentar y vestir á los pobres. La Iglesia ha fundado hospitales con este fin.—*Visitar y servir á los enfermos y encarcelados.* Sabido es lo que practican las heróicas hermanas de la Caridad. S. Juan de Mata fundó una Orden para la redencion de cautivos; y mas adelante S. Pedro Nolasco fundó otra con el mismo objeto. La asociacion de la Santa Infancia es eminentemente misericordiosa. Las conferencias de S. Vicente de Paul nada dejan que desear.

Tobías, S. Juan el Limosnero, S. Roque, S. Vicente de Paul, estos nombres serán bendecidos para siempre entre los hombres. El primero entre los antiguos; el segundo en los primeros siglos de la Iglesia; el tercero en la edad media; el cuarto en los tiempos modernos, fueron admirables en la práctica de las *obras de misericordia*; y estos son los nombres que debemos pronunciar en este día para estimularnos á practicar la beneficencia, recordando los rasgos heróicos de su vida para hacernos dignos imitadores suyos. Si imita-

mos su caridad, participaremos tambien de su felicidad en el cielo, que os deseo á todos.

Véase CARIDAD, FRATERNIDAD, FILANTROPIA.

BENEFICIOS DE DIOS.

Dominus omnium, dives in omnibus.

El Señor de todos es rico para con todos.

(Rom. x, 12.)

Dios nos dispensa con abundante liberalidad los dones de su gracia; y mostrando una largueza llena de desinterés y de generosidad, quiere, que los beneficios que nos concede de su buena gracia y voluntad, parezcan pagas debidas en justicia. De aquí saca el gran maestro Sto. Tomás I. CONTR. GENT. XCHII, ET ALIBI, que solo Dios es perfectamente liberal: los hombres jamás conceden sus beneficios sin miras de interés propio. Uno es liberal con aquellos á quienes necesita en sus pretensiones para inclinarlos á su favor: otro lo es cuando se trata de satisfacer sus pasiones y brutales apetitos: otro, finalmente, da con largueza por solo el fin de adquirir el concepto de liberal y generoso. Ni los Alejandros, ni los Augustos, ni todos los modelos de liberalidad que ha ensalzado el mundo, lo fueron sin interés y deseos ambiciosos. Merecerá solamente este honroso nombre aquel que, antes de conceder sus dones, pida algo, dice S. Juan Crisóstomo, á aquel mismo á quien quiere enriquecer, y se glorie no en lo que da, sino en lo que recibe de su mano. Éste aleja de su conducta toda sospecha de interés, y concede sus dones como si fuesen justas retribuciones, honrando al mismo tiempo que enriquece. Pues ved aquí lo que hace Dios: pide al hombre antes de darle, para que los dones de su gracia parezcan justos premios de sus obras, y sea el hombre honrado como si primero hubiese sido mas liberal con Dios

que el Señor con él. De esta liberalidad de Dios quiero hablaros en este discurso, como tambien de la gratitud que ella nos impone. Pidamos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Dos son las mayores obras de la liberalidad divina, y en ambas se observa esta conducta del Señor de cederlas en honor y provecho nuestro. Quiso darnos á su propio Hijo; don divino, y que encerrando en sí todos los tesoros y riquezas del cielo, excede infinitamente á toda ponderacion y encarecimiento. Mas para que pareciese que esta grande obra de su amor y de su gracia, que jamás pudieron merecer los hombres, era una justa retribucion de su equidad infinita, pidió primero á Abrahan, que le sacrificase á su propio y único hijo Isaac. GEN. XXII. Ofrecesele el santo Patriarca con generosa y pronta obediencia, y complaciéndose el Señor en su fe y humilde rendimiento: He jurado, le dice, por mí mismo, que porque hiciste esta gran cosa, serán benditas las gentes en tu generacion: *Quia fecisti hanc rem*. CRT. Parece que se quiere Dios mostrar obligado, y que el mundo entienda, que darle su propio Hijo fué satisfacer lo que habia recibido de la voluntad de Abrahan. ¡Oh bondad infinita! ¡Vestis el mas gracioso de vuestros dones, el mas magnifico, el mas grande, con el ropaje de la justicia! Decís ¡qué haceis esta grande obra de liberalidad, porque el hombre hizo con vos una obra de merecimiento! Verdaderamente liberal, todo lo cedéis en honor y beneficio del hombre, aun aquello que jamás él pudo merecer ni imaginar. Este es el don mas grande que en la tierra ha recibido el hombre de la mano de su Dios.

Lo mismo es de observar en el gracioso don de la bienaventuranza, en donde el Señor se da todo y se comunica con indecible beneficencia á sus escogidos; del que dijo Isaías: *Ibi solummodo magnificus est Dominus Deus noster*. ISAI. XXXIII, 21. El hombre no puede alcanzarle, ni merecerle sin su gracia, que es, segun el Apóstol, ROM. VI, 23, el verdadero principio y fundamento de la vida eterna. Sin embargo, Dios pide continuamente al hombre en esta vida, para que aquel don magnifico se le dé como justo premio de sus obras. Le pide comida en el hambriento, bebida en el sediento, vestido en el desnudo, caridad en el enfermo, redencion en el cautivo. ¡Oh Señor! parece que no puede haber quien mas pida que vos: me pedís el entendimiento para que os conozca, la voluntad con que os ame, la memoria para que me acuerde de vos, la lengua para que os alabe, mi hacienda para socorro de pobres.

Pero, ¡oh admirable artificio de la bondad y sabiduría del Señor!

Quiere, pidiéndonos tantas cosas, encubrir hasta el nombre de liberal, que quede para nosotros esta honra; y que en el dia de la mayor dispensacion de sus dones, pueda fundar sus larguezas en nuestras obras, y decirnos: « Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado; porque tuve hambre y me disteis de comer... MATTH. XXV, 34. » Quiere que se quede para el hombre la gloria que podia resultarle de su liberalidad, y que se diga, que nos da el cielo por un derecho que nos han adquirido nuestras obras. Ha querido que los dones mas graciosos de su misericordia se llamen corona (II. TIMOTH. IV, 8) de justicia, réditos (MATTH. VI, 18), premios... ¡Oh gran Dios! ¿qué hay en mí, ni qué podré yo alcanzar, que no sea un don gracioso de vuestra liberalidad infinita? La fe, la esperanza, la caridad, los merecimientos todos son misericordias vuestras: *¿Qué tienes, oh hombre, que no hayas recibido?* I. COR. IV, 7, dice el Apóstol: ¿qué corona en tí el Señor sino sus propios y graciosos dones? ¿Quién es primero, tú en servirle, ó Dios en regalarte? Todas las cosas vienen en tí de Dios, y son por Dios. Él es quien obra en tu voluntad, y la perfecciona segun su divina complacencia: de manera, que todo cuanto nosotros podemos ofrecerle, nuestras buenas obras, todos nuestros servicios, gracia son y misericordia suya. Pero es tan grande su bondad, que se gloria mas en lo que le damos, que en lo que nos concede: no dice, ésto he dado al hombre, sino ésto he recibido del hombre.

2. En la parábola de los talentos, MATTH. XXV, 45, ET LUC. XIX, nos puso el Salvador un admirable símbolo de esta generosa liberalidad. Un rey nobilísimo, de su mera gracia y voluntad, entrega su hacienda á los criados para que negociasen con ella: y cuando al fin acuden con sus ganancias, dispone, que se queden con ellas, y tambien con los talentos que recibieron, y con que habian hecho su granjeria. Elogia, además de esto, su celo, su actividad y aplicacion, mostrándose agradecido á su fidelidad. Señor, ¿no os pertenece de justicia esa ganancia? ¿no mereceis mayores elogios que el siervo, pues le disteis los talentos para adquirirla? ¡Ah! así lo hiciera un Saul soberbio, que quiso vestir con sus armas á David para que pelease con el gigante; porque si era vencido se atribuyese á su flaqueza, y si vencedor á la excelencia de sus armas. No, no es así Dios; es nobilísimo y perfectamente liberal: nos da talentos con que granjear, y todo quiere que sea para nosotros.

De manera, que nada pide el Señor al hombre, que no se ordene á la mayor ostencion de su misericordia y á nuestro mayor bien y utilidad. Pídele con tanto rigor la observancia de los preceptos de su

ley, que el que faltase á uno solo, JACOB II, 10, se hace reo de todos, segun la expresion de la Escritura. Pero ved el fin misericordioso con que le pide esta rigorosa observancia en las palabras que dijo á Moisés. Ojalá que siempre tengan tal ánimo, que me teman y guarden todos mis preceptos en todo tiempo, para que les sea bien á ellos y á sus hijos eternamente. *Quis det.... ut benè sit eis et filiis eorum in sempiternum?* DEUT. V, 29. Observad los ardentísimos deseos que manifiesta: *Quis det?* ¿Qué os importa, Señor, el que los hombres sean necios ó juiciosos? ¿qué se observen ó no vuestros preceptos? ¿No teneis en vos toda la plenitud de los bienes? Nada pido, dice el Señor, para mí, sino para bien suyo y de sus hijos. Pídenos el alma para darla su gracia, el corazon para henchirlo de su amor, el entendimiento para alumbrarlo con su luz divina; pide tus limosnas para llenarte de sus misericordias, tus obras para tu gloria y bienaventuranza. Todo es para tí.

Consideremos ahora cuáles y de que calidad son los beneficios que ha hecho Dios al hombre. Para esto debemos suponer, que la mas singular y admirable prerogativa que recibió de la mano de su Criador, fué la libre potestad sobre sus acciones, á la que jamás puede hacer la menor ofensa la gracia y auxilios divinos, y por la que el hombre es capaz de obrar el bien hasta el grado mas alto de perfeccion, y el mal hasta el colmo de la malicia. Esta es la razon, porque habiendo dicho el Señor de cada una de las cosas que produjo su omnipotencia en la primera creacion, que eran perfectas, no dijo esto del hombre, sin embargo de ser la mas perfecta de todas las criaturas de la tierra, en la que habia reunido en un grado muy sublime todas sus perfecciones. Para su formacion parece haber entrado en consejo las tres divinas Personas: *Faciamus hominem.* GEN. I, 26. En su alma fué hecho semejante al mismo Dios, y en su cuerpo el mas hermoso y perfecto de todos los vivientes. Sin embargo, no dice Dios de él, que sea bueno como de las demás criaturas; porque éstas salieron ya en el último grado de perfeccion posible, segun su especie. Pero el hombre no fué puesto en la última perfeccion cuando salió de las divinas manos, antes bien fué colocado en el principio del camino del bien y del mal, para que abrazase el que quisiera y caminase segun su voluntad. Puede, ayudado de la divina gracia, proceder sin término en el bien; y del mayor santo puede decirse: *Qui sanctus est sanctificetur adhuc, et qui justus est, justificetur adhuc.* APOC. XXII, 11. Y tambien puede hacer tales progresos en el mal, que de él pueda decirse: *Qui in sordibus est sordescat adhuc.*

De aquí es, que por santo que sea un ángel, puede un hombre ca-

minar tanto en el bien, que le aventaje y deje atrás; y por malo que sea un demonio, le puede un hombre exceder en la iniquidad. Un ángel puede como águila generosa subir hasta el trono del sol á solo un vuelo de su virtud, y descender hasta el abismo á solo un vuelo de malicia ó de soberbia. ¿Qué campo tan dilatado no corrió un S. Juan Evangelista? ¿qué un S. Antonio, un S. Francisco? ¿qué otros muchos insignes prodigios de santidad? Lo mismo podemos decir en la carrera del mal. ¿Quién no entiende, que la malicia de Judas excedió á la del mismo Satanás? Muchos dias antes de que la consumase, dijo de él Jesucristo: *Unus ex vobis diabolus est.* JOAN. VI, 70. Y ¿qué diremos de un Herodes, de un Neron, de un Heliogábalo, de los Mahomas, Arrios, Calvinos y Luteros? S. Juan, APOC. IX, 2, los ve salir del abismo como escorpiones llenos de toda la malicia. Tal es la potestad de obrar el bien y de hacer el mal que recibió el hombre en su creacion.

Esto supuesto; ¿á quién no admirará la multitud de beneficios con que el Señor ha querido inclinar la voluntad del hombre al bien, y separarla del mal? Jesucristo hace una particular mención de ellos en la parábola de la viña, MATTH. XXI, cuando pinta las diligencias que empleó el padre de familias en el cultivo y fomento de aquel plantío. El Apóstol los cifra todos en una sola proposicion: *Præstitit ei omnia abundè:* proveyóle abundantemente de todas las cosas que podian serle necesarias. I TIMOT. VI, 17. Parece que hace alusion, en estas palabras, al discurso de David, que deberian hacer todos los dias los cristianos. Bendice, alma mia, á mi Dios, y todas las cosas que hay en mí, á su santo nombre: bendícele y no olvides sus dones y retribuciones. El perdona todos tus pecados, sana todas tus enfermedades, te corona de misericordias: *Qui coronat te in misericordia, et miserationibus.* PS. CII. Te viste, alma mia, tan cercada de sus beneficios y piedades, que las encontraste á tu derecha y á tu izquierda, á tu cabeza y á tus piés. GENEBR. IN PS. CII. El hombre nace rodeado de miserias, HEBR. V, 2; y ni aun sus mayores reyes dejan de explicar las infelicidades que les rodean al salir al mundo con tristes lamentos y suspiros. SAP. VII, 5. Pero si son tantas las infelicidades en que nace, son mayores los beneficios y misericordias que le concede el Señor. Graciosamente le ha dado un sér superior á todo lo que hay bajo del cielo. Puso en él su imágen, por lo que es superior en dignidad y nobleza á todas las cosas visibles. Dióle potencias tan excelentes, que iguala con ellas á los ángeles; y ha adornado su entendimiento con el don divino de la fe, por la cual ve lo que ni vieron los ojos, ni oyeron los oídos, ni corazon criado pudo imaginar. Adornó su vo-

luntad con una esperanza, que la hace subir hasta las mayores riquezas celestiales; y con la caridad que le enlaza y hace un mismo espíritu con Dios. Porque su concepcion era en pecado, le proveyó de un sacramento, que le reengendrarse y restituyese al candor y pureza de los ángeles; porque es débil le concedió un sacramento que le fortaleciese, un pan sagrado que le alimentase. Para las enfermedades de su alma, le dió una medicina universal y efficacísima en la penitencia: para hacerle espedito luchador contra los asaltos de su enemigo en la terrible hora de su muerte, le dejó una unción sagrada que le habilita y robustece. Para sus ignorancias le proveyó de maestros, para sus flaquezas le concedió su gracia, para contrarestar sus pasiones le dió sus dones y virtudes.

5. De aquí debe nacer en nuestro corazon un afectuoso reconocimiento y gratitud á la bondad del Señor, que nos dispensa tantos y tan grandes beneficios. El Señor no nos pide en justa retribucion de unos dones tan maravillosos, otra cosa que el sacrificio de nuestra gratitud y de nuestras alabanzas. ¿Por ventura, dijo por su profeta, Ps. XL, 15, comeré yo las carnes de los toros? Ofrece á tu Dios el sacrificio de la alabanza; yo te libraré, y tú me honrarás. El sacrificio de la alabanza me honrará. Sigamos el ejemplo de los antiguos patriarcas, que reconociendo en todas sus buenas obras, en todos sus prósperos sucesos el poderoso auxilio de su Dios, que obraba en ellos, cantaban con amorosa solicitud sus bondades; y deseando perpetuar su reconocimiento, ponian á sus hijos nombres misteriosos, que eran un compendio de las maravillas que el Señor habia obrado en su beneficio. La primera mujer puso á su segundo hijo, despues de Abel, el nombre de Seth, diciendo: *Posuit mihi Deus semen aliud pro Abel*. La misericordia del Señor ha consolado mi pena y llenado el vacío de mi amado é inocente hijo: siempre que yo le nombre, se renovará en mi corazon la memoria de tan insigne favor. Viendo Lia, esposa de Jacob, consoladas sus lágrimas con la fecundidad que el Señor la concede para hacerla amable á su buen esposo, señala el primer fruto de la divina liberalidad con el nombre de Ruben, diciendo: *El Señor vió mi humillacion*. Pone á su segundo hijo el nombre de Simeon, diciendo: *El Señor me ha oido*. Es oida tambien en la presencia de Dios la oracion de Raquel, y llama al primer fruto de su seno José, diciendo: *Addet mihi Dominus filium alterum*. El Señor me concedió este hijo y me dará otros; porque ya se me ha manifestado propicia su divina voluntad. El mismo José señala su hijo primero con el nombre de Manasés, por haberle hecho el Señor olvidar sus antiguas aflicciones. Este sacrificio de alabanza debe extenderse en particular á cada uno

de los beneficios que el Señor nos hace. Pero ¿nos mostramos agradecidos por cada uno de sus beneficios? ¿Qué no ha hecho Dios por nosotros? ¿Con qué abundancia nos dispensa sus dones? ¿Qué hay en nosotros que no sea un don de su liberalidad y misericordia? Y, sin embargo, ¿no es verdad, que hemos empleado sus dones en ofenderle? Ingratitud monstruosa, que puede ser el principio de nuestra perdicion eterna.

La ingratitud es el origen de todos los males espirituales; es un viento que deseca y abrasa todo el bien; que cierra las fuentes de la divina misericordia para el hombre, que hace revivir los males ya muertos, y da muerte á los males vivos. La ingratitud es enemiga del alma, aniquilacion de los merecimientos, dispersion de las virtudes, ruina de los beneficios, enemiga de la gracia y de la salud. Donde ella habita no tiene lugar ni entrada la gracia del Señor. Este fué, dice S. Pablo, Rom. 1, el origen de la perdicion de los filósofos. El Señor los alumbró para que le conociesen y adorasen; y ellos no le glorificaron, ni le dieron gracias por esta gran merced. En castigo de esta ingratitud, les cerró las fuentes de su luz y de su gracia: se vieron cercados de tinieblas, sumergidos en la ignorancia, y entregados á la reprobacion y al error.

Temamos, amados oyentes, este abandono. Mostrémonos agradecidos á los innumerables beneficios que el Señor nos dispensa; empleemos sus dones en procurar, que todos le amen y bendigan. Cuanto mayor será nuestra gratitud, mas generoso se mostrará con nosotros; sus beneficios serán cada vez mas grandes, hasta que nos dispense el mayor de todos los dones, que es la gloria eterna, que á todos deseo.

BENEFICIOS ECLESIASTICOS.

Homo erat pater familias qui plantavit vineam.

Habia un padre de familias que plantó una viña.

(*Matth. xxi, 33.*)

Jesucristo, en el capítulo xxi de S. Mateo dice: «Habia un padre de familias, que plantó una viña, la cercó de vallado, y, cavando, hizo en ella un lagar, edificó una torre, y arrendóla despues á unos labradores.» Nadie ignora, que esta viña es la santa Iglesia, que Cristo, su divino fundador, plantó en el mundo con su propias manos. En el cercado están figurados los ángeles custodios; en el lagar lo está la doctrina; en la torre su dignidad y fuerza; y los frutos que debe producir esta viña son las obras virtuosas. Aquellos á quienes el padre de familias dió á renta esta viña, para que á sus tiempos pagasen los frutos, son los fieles de todos los estados y condiciones. Tal es la Iglesia católica, considerada en la parte espiritual. Pero, como el espíritu no puede subsistir en este mundo sin el auxilio del cuerpo, de ahí la necesidad de añadir á lo sagrado y espiritual de la Iglesia, lo temporal y corpóreo. Proponiéndome hoy hablar de lo temporal de la Iglesia, y especialmente de los beneficios eclesiásticos, para mejor inteligencia, me valdré de la indicada parábola, aplicando el místico significado de viña á los expresados beneficios, y el de conductores ó labradores á los que perciben sus rentas. Esto supuesto, procuraré mostraros quienes son los que tienen la osadía de negar al Señor de la viña el fruto correspondiente á sus tiempos. Imploremos primero los auxilios de la gracia. A. M.

1. Los santos Padres de la Iglesia, hablando de los propietarios, han dicho, que ellos, delante de Dios, no son dueños absolutos de sus bienes, sino unos meros administradores; de suerte, que, deducido el gasto necesario para el sustento de su persona y la decencia de su

estado, todo lo demás debe repartirse entre los pobres. Pues si los seglares, en sentir de los doctores de la Iglesia, no se deben juzgar por dueños absolutos de sus bienes patrimoniales, sino únicamente de aquella porcion que les baste para sustentarse; mucho ménos podrán considerarse como dueños de los bienes de la Iglesia los beneficiados. Los sagrados cánones llaman á los bienes de los beneficiados, bienes del Señor, hacienda de Dios, patrimonio de los pobres, precio de los pecados, depósitos de la piedad y votos de los fieles. Pero aun cuando fuesen verdaderos dueños, todos convienen en que serian dueños, no libres, sino gravados.

El Evangelio nos dice, que el Padre de familias plantó la viña, y la arrendó á los colonos. Si el Padre de familias, que es Dios, la arrendó, no ha trasladado á nadie el dominio de la viña, ni por donacion ni por herencia: á nadie ha cedido su derecho, pues se contentó con arrendarla. Y ¿á quién la arrendó? No á los ociosos y disipados, sino á trabajadores, que, al paso que sacáran de ella su honesto sustento, diéran al Señor de la viña lo que le corresponde. Y ¿qué porcion se les concede á estos trabajadores para su sustento? Acá, en los contratos de hombre á hombre, cuando se arrienda un campo ó heredad, el señor se retiene la mitad ó la tercera, cuarta ó quinta parte, segun la costumbre de cada país. Pero Dios no arrienda con estas condiciones, sino que quiere que se dividan los frutos con el Señor á proporeion de los gastos. Los labradores de la viña, pues, han de tomar para sí todo lo necesario para su honesto sustento, como lo dijo el Apóstol á Timoteo: *Laborantem agricolam oportet primum de fructibus percipere*, II. TIMOT. II, 6; y todo lo que de esto sobra, se ha de dar á Dios. ¿Es posible, que se le deba todo? Si, ciertamente, y no puede haber duda acerca de este punto, pues todos los autores convienen en ello. Revuélvase libros, examínense opiniones, consúltense pareceres, no se encontrará quien diga lo contrario, porque esta es doctrina recibida de todos. Lo que disputan los autores, no es lo que debe dar á Dios el que disfruta un beneficio eclesiástico, porque consta, que debe darle todo lo que excede la congrua; solamente se podrá controvertir, si debe dárselo por título de justicia, ó si por título de caridad, que, como saben todos, este último título es ménos riguroso, pues no obliga á la restitucion. No pretendo resolver el problema; pero, si he de confesar, que no entiendo como siendo los eclesiásticos meros colonos de la viña, le deben á su dueño los frutos por solo título de caridad, y no de justicia; pues si Dios no ha hecho donacion, sino arriendo de su viña á los ministros de su Igle-